

# Capítulo 39 - El Enclave de la Actriz - El Último Orellen

- [Capítulo 39 - El Enclave de la Actriz - El Último Orellen](#)

# Capítulo 39 - El Enclave de la Actriz - El Último Orellen

Por dos días completos, Kalen se dedicó al estudio.

No fue tan frustrante como había temido. Antes, siempre había estado tan ansioso por lanzar hechizos que leer sobre ellos y dominar los patrones durante días parecía una tortura. Algo necesario, que valoraba profundamente, pero aún así...

Era diferente con Novedades en Magia del Viento Rápido. Cada línea del libro parecía contener universos de información impactante en los que debía detenerse y reflexionar. Por ejemplo, algunos de sus caminos tenían nombres.

Hasta ahora, Kalen había construido su patrón de caminos donde y como podía dentro del horror enmarañado de su propia estructura mágica. Pero, aparentemente, los magos eran más efectivos cuando usaban hilos específicos que compartían la mayoría de los practicantes con la misma afinidad.

Kalen quedó completamente asombrado.

Sí, Zevnie le había mostrado una versión básica de la estructura que ella utilizaba una vez, y sus palabras insinúan que no era solo suya, sino similar a la de todos los anfitriones de su clan. Sin embargo, Kalen nunca había imaginado algo así para sí mismo.

Pero la Magia del Viento Rápido contenía líneas como: "Para una ejecución más eficaz, alinea las corrientes exteriores de Mett y Nore dentro de ti y construye el patrón sobre su base."

¿Cuáles son Mett y Nore? se preguntó, enviando magia a través de los lazos retorcidos y pequeñas tributarias de sus caminos con locura, como si uno de ellos pudiera gritar: "¡Yo! ¡Hola! ¡Soy la corriente de Nore!"

Tres hechizos del libro incluían recomendaciones para caminos que estaban etiquetados en mapas nucleares difíciles de leer. Se usaron tantos colores de tinta y variaciones en el grosor de las líneas para dibujar una red circular de caminos, que Kalen tuvo que observarlos durante horas para entenderlos todos. El mismo mapa se usaba siempre, con diferentes áreas resaltadas para sugerir que el camino recomendado podía encontrarse en ese lugar general.

Si Kalen entendía bien, el mapa era literalmente un diagrama del núcleo de viento de Echune Batto. Por eso, los caminos más pequeños que sugería para esos hechizos quizás no existieran o no estuvieran en el mismo lugar para otros practicantes.

¿Por qué el Mago Batto tiene un núcleo tan bien bordado? Eso no es justo.

Una pequeña lechuza que vivía bajo los aleros de la posada carraspeó algo en la repisa de la ventana anoche. Los núcleos de Kalen se parecían más a eso.

Pero al menos había pasado casi un año mapeando y rediseñando sus caminos. Eran complicados, pero él sabía cómo se veían.

Ya que aparentemente le faltaban los mapas principales de caminos que debería estar estudiando como un mago de viento recién iniciado, usaría lo que tenía a su alcance. Simplemente escogería algo en más o menos el lugar correcto y confiaría en lo que saliera. Aunque no fuera perfecto, todavía sería mejor que lanzar hechizos fuera de afinidad, si entendía bien algunas de las implicaciones del libro.

De los tres hechizos que tenían mapas, solo uno usaba su otra compra en Barley and Daughters, y como estaba ansioso por probar las banderas, eligió ese.

“Oídos del Este,” le informó Yarda, mientras subían al carruaje que ella había ordenado para su viaje al enclave. “Es un hechizo que lleva el sonido hasta ti en el viento desde lejos.”

Era la medianoche, y las únicas luces en esta parte de la ciudad eran los faroles colgados en los postes junto a la silla del conductor. Polillas y otros insectos nocturnos golpeaban contra el cristal. Era un carruaje abierto, lo suficientemente grande para cuatro pasajeros normales, aunque Yarda ocupaba toda una banca para ella sola.

“¿Qué tan lejos?” preguntó Yarda curiosa.

Una de las cosas excelentes de la prima de Kalen era que, a diferencia de la mayoría de los adultos que había conocido, ella no veía motivo para reprenderlo por aprender un hechizo que era más adecuado para espiar las conversaciones de los demás. Estaba segura de que, cuando dominara ese hechizo, ella también estaría encantada de escuchar cualquier chisme que recopilara a través de su uso.

“*Hasta aproximadamente una hora de marcha,*” es lo que dice. Pero no sé qué tan rápido es esa marcha, así que no es muy específico.” Kalen sacó su cristal de sol y su libro de su bolso mientras el anciano que conducía el carruaje hacía sonar la lengua, y las dos grandes caballos bay se pusieron en movimiento. “¿Te importa si sigo leyendo de camino allá?”

Yarda le hizo una señal con la mano, y él volvió a sumergirse profundamente en el texto, mordiendo su labio inferior mientras intentaba descifrar los patrones de lanzamiento de un hechizo de nivel mago. Ajustaba y tensaba los caminos mientras leía. Probó una técnica de flujo de maná que pensaba que podría ser similar a una que el Mago Batto mencionó de pasada como muy efectiva para los practicantes de viento.

¿Quizá era más fácil el proceso si la usaba mientras manipulaba los hilos de su poder? Podría ser solo entusiasmo el que hacía que pareciera así, pero le gustaba imaginar que ya había logrado algún pequeño éxito.

Necesito más libros, pensó mientras trabajaba. Uno con mapas para principiantes en viento. Y otro con técnicas de flujo. Necesito tantos libros más.

Las expectativas de Kalen respecto a su primera visita a la Enclave de una familia de practicantes eran altas. Su vaga memoria de la Enclave de Orellen casi no valía, ya que había sido muy joven, confundido y, pensaba, bajo la influencia de algún hechizo o poción además.

Imaginaba que la Enclave de Acrest estaría llena de casas elegantes y salas de conocimiento. Sin duda habría construcciones tan grandes como las iglesias del Puerto Granslip, y practicantes de todas las edades pasarían sus días lanzando hechizos en plena calle.

Pero no era exactamente así.

El camino que llevaba desde la ciudad hasta la Enclave formaba una línea recta y ancha. Era de arcilla compactada, sólida, y el carruaje se desplazaba sobre ella con aún menos sacudidas que las calles empedradas de la ciudad. A ambos lados no había nada más que campos recién cosechados iluminados por la luz de la luna. También había muchas vacas, a veces durmiendo justo en medio del camino en el camino de los caballos.

Y luego, en la penumbra previa a la salida del sol, llegaron a la propia Enclave. Y Kalen finalmente apartó su libro para mirar a su alrededor, profundamente decepcionado.

“Solo es un pueblo.”

Admitámoslo, era un pueblo de aspecto próspero. Las luces tras algunas ventanas parecían ser las mismas claras y limpias que las del librería. Las calles estaban cuidadosamente pavimentadas, y las casas altas estaban todas pintadas en tonos joya que eran populares en las zonas acomodadas del Puerto Granslip. Pero ni siquiera había una muralla imponente alrededor, para mantener alejados a los extraños.

¿Dónde estaban todos los misterios arcanos? Lo que más importaba...

—¿Sabe usted dónde está la biblioteca? —preguntó él al conductor.

El anciano negó con la cabeza.

Quizá la luz del día hiciera el lugar más imponente, pensó Kalen, al bajarse de la carreta con su cartera colgada al hombro.

El cochero había estacionado el carruaje frente a un edificio bajo y largo con techo de tejas. Estaba pintado de blanco, y un pequeño grupo de personas se apiñaba en un patio lateral junto a una pesada puerta curva. Un hombre yacía en un carretón que parecía haber sido empujado allí por un par de muchachas agotadas, que dormían en el suelo casi contra las ruedas del carrito. Cuando Kalen y Yorda pasaron, él percibió un olor fétido y agobiante procedente de la pierna vendada del hombre.

Aquí era donde uno acudía si deseaba consultar a un sanador de Acress en los días de compasión.

Mientras todos aguardaban la llegada del amanecer y la apertura de la puerta, Yarda hizo amistad con los otros pacientes que estaban en espera. Eran unas doce personas. Habían permanecido en un silencio sombrío cuando Kalen y ella llegaron por primera vez, pero la vista de Yarda provocaba miradas curiosas incluso entre quienes estaban en grave necesidad de curación. Y, como era su costumbre, ella respondía a las miradas con sonrisas y una genuina preocupación por todos.

A Kalen le daba la sensación de ser una persona horrible.

Aunque en condiciones normales desearía lo mejor para cada uno de esos individuos, ahora se encontraba en una extraña posición en la que los juzgaba como competencia por el tiempo y la atención del Hechicero Nigel. ¿Y si Yarda no recibía ayuda por culpa de esa mujer con las llagas en todo el rostro? El niño con fiebre parecía estar al borde de la muerte. Y el hombre con la pierna herida...

Lo que sucede con los excelentes sanadores es que siempre alguien los necesita desesperadamente.

Eso decía Lily Acress, pero Kalen no había reflexionado en profundidad sobre lo que eso implicaba.

Además, había leído el volumen 12 de *Sigerismo*, y aunque la mayor parte no la comprendía, pensaba que Yarda no debería tener una conversación tan cercana y entusiasta con algunos de esos pacientes. No necesitaba que un flagelo continental se sumara a todo lo demás.

Kalen debía saberlo. Su propio cuerpo había muerto por uno similar.

Intentó pensar en la mejor forma de indicarle que se apartara del niño con fiebre sin decir algo que pudiera sonar extraño o terrible para los demás presentes. Pero, afortunadamente, la puerta se abrió, y dos personas vestidas con túnicas grises salieron para hablar con los enfermos y heridos. Uno era un muchacho y la otra una muchacha, ambos varios años mayores que Kalen.

—Muy bien, muy bien —dijo el muchacho con una voz oficiosa que resultaba ridícula para alguien de su edad—. Que todos se pongan de pie o... eh... al menos que mantengan una distancia de un brazo entre sí.

Él podía sonar tan molesto como quisiera, decidió Kalen mientras observaba cómo todos se apartaban exactamente como él mismo había pensado.

El muchacho y la muchacha se acercaron a cada uno preguntando por su nombre y recopilando información sobre sus dolencias. No escribían nada, pero parecían recordar bien los detalles.

Un par de enfermos más llegaron para unirse al grupo, y Kalen, de pie a un lado con Yarda, se obligó a no lanzarle miradas de reproche.

Al amanecer, el muchacho desapareció en el interior, y, al poco rato, dos hombres trajeron un artilugio de lona y postes para trasladar al hombre con la pierna herida al interior del edificio. El

muchacho regresó y consultó con la muchacha.

Ambos contemplaban a Yarda con atención. Debían estar claramente confundidos después de entrevistarse con ella. Parecía gozar de mejor salud que muchas de las otras personas que aguardaban, pero su estatura imponente y el hecho de que tanto ella como Kalen juraran que un hechicero ya la había diagnosticado y enviado a buscar sanación en el otro lado del mundo parecía desconcertarlos.

“¡Señora Yarda!” exclamó la muchacha en voz alta tras terminar de hablar con su compañero.  
“¡Puede pasar también!”

El corazón de Kalen se aceleró. ¡Sí! Ella era la segunda persona. Eso debía significar que la atendería un sanador de gran reputación, ¿verdad?

Corrió tras ella con entusiasmo, solo para ser rechazado por el muchacho, que se escandalizó ante la idea de que presuma acompañar a una paciente. En su lugar, Kalen fue enviado a “jugar en el patio”. Una ofensa tan injustificada que apenas logró contenerse para no discutir con el joven mago.

Regresó con paso firme hacia la carreta. El cochero la había estacionado frente a un establo al lado opuesto del edificio. Y, cuando Kalen se acercó, estaba deshaciendo los caballos.

“Ella está adentro,” informó Kalen al anciano. El cochero estaba dispuesto a esperarlos todo el día, si fuera necesario, así que le pareció cortés mantenerlo informado. “No sé cuánto tardará.”

“Mucho tiempo.” Sacó una ramita que había estado mordiendo, que descansaba entre sus dientes. “Una mujer grande, así—se van a llenar de gente aquí para que la miren. Para ampliar sus conocimientos.”

Kalen frunció el ceño. “¿Has traído personas aquí antes?”

“Pocas veces,” contestó el cochero. “Alguna que otra vez, yo también he venido.”

Supongo que al menos aún está vivo.

Pero no le parecía bien que Yarda fuese como una especie de experimento pedagógico para los jóvenes aprendices. Quería que recibiera la ayuda que necesitaba de alguien que supiera lo que hacía.

Con nada más que hacer y sin intención de jugar en el patio, Kalen recorrió el Enclave con la esperanza de encontrar la biblioteca y descubrir que en los días de compasión era bienvenida por los visitantes.

Sabía que debía existir una biblioteca grande. Lo había leído y oído hablar de ellas. Algunos de sus viejos libros tenían sellos que indicaban que provenían originalmente de bibliotecas familiares de practicantes. Siempre había querido verla.

A medida que avanzaba el día, el Enclave comenzó a llenarse de gente, y empezó a parecerse un poco más a ese lugar mágico que Kalen había esperado hallar. Aunque las ropas no eran el atuendo habitual, había suficiente gente con ellas para que las calles parecieran claramente distintas de las que conocía en Granslip Port. Y empezó a notar signos de encantamiento en lugares que normalmente no sospecharía que lo tuvieran.

Una puerta se abrió cuando un hombre se acercó, aunque del otro lado no había nadie. En un área cubierta de césped, grandes rocas lisas, que parecían destinadas a servir de asientos, emitían un calor muy agradable. Y una fuente al fondo de una casa azul producía sonidos de cascabeleo mucho más elaborados de lo que Kalen creía que debían hacer las fuentes, basándose en sus limitadas experiencias con las pocas vistas desde que llegó al continente.

Se quedó observando la fuente con curiosidad a través de las rejas de una verja de hierro hasta que salió un hombre muy corpulento, vestido con túnicas negras, y se sentó junto a ella en una silla acolchada.

“¿Les gusta mi jardín?” llamó mientras Kalen empezaba a marcharse. Apoyó los pies en un taburete de madera y mordió un trozo de tarta de algún tipo.

—Qué agradable. Estaba escuchando la fuente.

—Es un lugar encantado —dijo el hombre con la boca llena—. No te conozco. ¿Eres el nuevo aprendiz de alguien?

—No —respondió Kalen—. Estoy aquí con un amigo que necesitaba ver a un sanador.

—Ah, eso es. Día de la compasión para el público, ¿verdad?

Kalen asintió.

El hombre miró su tarta y luego a Kalen. —¿Quieres desayunar algo?

Por alguna razón, Kalen había esperado que el practicante le pasara la comida a través de las rejas de hierro. Quizá era porque el jardín del patio parecía lujoso, y no sentía que encajara muy bien en ese lugar. Pero el hombre con túnica negra se levantó y caminó hasta abrir la verja para él.

—Cob —dijo, extendiendo una mano llena de migas para que Kalen la estrechara.

—Nerth —decidió Kalen, apretando un poco más de lo que le gustaría por la fuerza del apretón del compañero.

—¿Tiriswaithan? —preguntó el hombre con curiosidad.

—¡Sí! —Kalen trató de no sentirse demasiado orgulloso de sí mismo.

Lo siguió dentro, observando los pisos de baldosas pintadas y las grandes macetas de barro llenas de plantas con flores y hierbas. Un par de minutos después, se encontró sentado en una piedra con calor mágico junto a la fuente, comiendo una tarta de huevo y queso, intentando decidir si le gustaba la bebida caliente que Cob le había dado en una taza de plata y vidrio.

Era algo llamado café, con bastante crema y especias.

El practicante parecía no querer hablar. Solo apoyó sus pies y comió su propio desayuno mientras escuchaba el sonido de la fuente.

Una vez que Kalen dejó de sentirse nervioso por la compañía y el entorno, el momento se tornó agradable para comer. Pero entonces no lograba encontrar la manera de disculparse. Si el hombre no pronunciaba palabra alguna, parecía de mala educación interrumpir.

Por fin, se retorció un poco más de lo necesario y Cob se dio cuenta de él. —¿La roca no es cómoda?

—Es una buena roca —dijo Kalen automáticamente.

Cob soltó una carcajada.

—Gracias por el desayuno, señor. Me ha gustado mucho. ¿Le importaría indicarme cómo llegar a la biblioteca?

El practicante levantó las cejas. —¿La biblioteca de la Sorprendente?

Kalen asintió.

—¿Qué te hace pensar que tenemos una?

—¿No las tienes? —preguntó Kalen sorprendido—. Pensé que sí, porque escuché que muchas familias de practicantes las tienen, y tal vez por el Día de la Compasión, alguien me dejaría entrar para verla...

— El edificio de la biblioteca se quemó hace casi cien años. Estaba por aquel lado —g gesto con la mano, señalando detrás de él—. Arrasó una docena de casas y la escuela. El fuego alcanzó tal intensidad que la mayoría de los encantamientos en los pergaminos y libros no soportaron. Perdiendo generaciones de conocimiento.

Los ojos de Kalen se abrieron asombrados.

— En realidad, después de eso, alguien tuvo la idea de que no tendríamos una biblioteca dedicada. En su lugar, contamos con varias colecciones pequeñas en casas particulares y un bibliotecario que las vigila todas. Es parte del esfuerzo por fortalecer la comunidad, que la gente toque tu puerta cada día para consultar tus libros, pero yo no puedo soportar pasear por el Enclave en tres direcciones distintas cuando intento investigar un tema.

Para Kalen, parecía casi tan extraordinario como la biblioteca que él había imaginado. —¿Puedes quedarte con algunos libros de la biblioteca?

—Justo a la derecha, dentro de la casa —dijo Cob, asintiendo hacia la vivienda.

Kalén contemplaba la puerta con ansias.

“Puedes ir a mirar,” dijo el hombre con sequedad. “Pero me voy en una hora, así que no te hagas muchas ilusiones.”

Kalén no necesitaba otra invitación. Se levantó de un salto del muro y corrió con entusiasmo hacia adelante.

La habitación a la que le indicaron en las indicaciones del practicante no era un espacio grande. Bastaba con que acogiera cómodamente la mesa cuadrada y las cuatro sillas en su centro. Pero compensaba con creces al estar repleta, de suelo a techos, con estanterías llenas de libros. La única pared sin cubrir tenía una ventana estrecha y alta con un grueso cortinaje oscuro que la cubría.

Kalén apartó la cortina para dejar entrar la luz. Miraba hacia el patio, donde Cob todavía estaba sentado junto a su fuente.

Solo tengo una hora, pensó. ¿Cómo puedo aprovecharla al máximo?

decidió ser metódico. Sobre la mesa central había un reloj de arena. Lo volteó para no perder la cuenta del tiempo. Durante la primera media hora, se concentró en leer cada título en el lomo de cada libro que tuviera uno.

La mayor parte trataba sobre plantas. Algunos hablaban sobre cómo envenenar personas con plantas, lo cual era más interesante pero no útil para él. Cada vez que uno parecía contener una colección general de hechizos, lo sacaba del estante y lo revisaba rápidamente sin arriesgar dañar las páginas.

Buscaba cualquier cosa que pudiera ayudarle a entender los nombres de los caminos o algo relacionado con el viento.

A medida que la arena se deslizaba, cambió de estrategia. Ahora que había echado un vistazo a cada libro con un título evidente, revisaría los que no tenían título. Comenzaría por los que parecían más valiosos. Eligió un tomo negro, tan grande que tuvo que sostenerlo con ambos brazos, y examinó la primera página. Manipulación del suelo para temporadas fértiles— Mejores métodos y prácticas.

No puedo creer que alguien haya llenado tantas páginas sobre un solo tema, pensó. Reinstaló el libro en su lugar y tomó uno de los otros que le habían llamado la atención.

Era un libro delgado con una cubierta de un azul pálido y llamativo. En lugar de un título en el lomo, tenía una serie de runas doradas oscuras y un elegante trabajo de caligrafía, y Kalén asumió

que formaba parte de un conjunto grande, ya que había otros libros encuadernados de manera similar distribuidos en las estanterías. Lo agarró, notando primero lo suave que era el cuero, y luego lo volteó para ver la portada.

Suspiro al ver que también estaba lleno de hechizos para cuidado de plantas. Lo deslizó de nuevo en la estantería y se acercó a tomar otro de los libros azules, por si acaso tenían contenidos diferentes.

Para su sorpresa y alegría, así era. Uno decía que era Magia Elemental Uno - El Libro de la Piedra.

Y tenía un autor completamente distinto al del otro libro azul. Quizá no formaban parte de un conjunto después de todo.

Pero claramente combinaban entre sí.

Curioso, Kalén fue tomando ambos libros de las estanterías y leyendo las cubiertas delanteras uno a uno. Cuando encontró Magia Elemental Uno - El Libro del Agua, detuvo su búsqueda para hojearlo. Sería interesante conseguir una copia real de Invocar Absorción, para comparar las notas que había tomado con las instrucciones oficiales de lanzamiento.

Con cuidado, manipuló el papel blanco, delicado y de tonalidad cremosa. Era un libro útil, probablemente destinado a magos principiantes que aprendían hechizos fuera de su afinidad, como él. Los encantamientos eran bastante sencillos en comparación con su nuevo libro de mago.

El Libro del Viento debía estar por aquí en algún lugar, pensó. Eso sería perfecto. Pasó las páginas con mayor rapidez y llegó al final en un instante. Pero sus dedos se detuvieron antes de cerrarlo.

En el interior de la contraportada, había una decoración casi del tamaño de la mano extendida de Kalen. Era un dibujo en oro reluciente: una constelación de estrellas que formaba una serie de círculos entrelazados, atravesados por una flecha enorme. Debajo, un nombre familiar.

ORELLEN.

Kalen sintió un escalofrío. Por un momento, permaneció mirando la ilustración, luego cerró cuidadosamente el libro y lo devolvió a donde lo había encontrado. Escaneó la habitación, contando.

Había dieciséis de los libros azules iguales. Parecían muchos. ¿Tenían todos la misma marca?

Tiró de otro de la estantería y revisó el interior de la contraportada. Allí estaba de nuevo. ORELLEN.

Se puso de puntillas y extendió el brazo para agarrar un tercero. De nuevo.

Otro más.

Y otro más.

Todos tenían esa marca. Títulos diferentes, autores distintos. Pero todos presentaban la marca dorada con el nombre en la parte trasera. Debían haber sido pedidos especialmente o rebondidos para que coincidieran, formando una bonita estampa en las estanterías.

Claramente, provenían del Enclave de Orellen, pensó Kalen. Tiene sentido. Está a solo un país de distancia, y probablemente dejaron atrás una gran biblioteca cuando partieron. Tal vez la familia Acrest fue y tomó algunos libros. O los compraron a personas que ya tenían otros.

También podría ser que las cuatro Orellen que vivían en el Puerto de Granslip, bajo la protección de las iglesias, los hubieran vendido.

Aun así, parecía extraño que hubiera tantos en una habitación tan pequeña. Como si Kalen estuviera rodeado por algo amenazante.

Había, de hecho, un libro para magos del viento. Pero, ahora, no se sentía cómodo leyéndolo en un lugar donde alguien pudiera entrar y verlo.

La arena en el reloj se agotaba rápidamente, el tiempo apremiaba.

Respirando con dificultad, tomó un libro diferente, cuyo portada mostraba flores, y se sentó en la silla, mirando las primeras páginas sin realmente ver.

¿Por qué tienen tantos libros de Orellen? Si en la Enclave hay unas doscientas bibliotecas iguales a esta, y todas contienen un número similar... ¿Es solo casualidad, o las familias eran amigas? Si lo eran, ¿por qué las Orellen viven en la iglesia de Clywing en lugar de aquí con otros practicantes?

¿Qué significa esto para mí?

Nada. Sabía que la respuesta debía ser nada.

Odiaba sentir que tenía tanto miedo que ni siquiera podía abrir el libro que quería leer, por temor a estar vinculado a una familia que no conocía.

Cuando Cob entró para decirle que era hora de que Kalen se marchara, él le agradeció cortésmente y salió con un suspiro de alivio. La fuente tintineó detrás de él mientras cerraba la puerta de hierro.

El entusiasmo de Kalen por explorar el Enclave de Acrest se había apagado. Decidió merodear por el edificio blanco donde trabajaban los sanadores, esperando estar listo para marcharse en cuanto Yarda terminara. La fila de personas que aguardaba junto a la puerta trasera en busca de ayuda crecía con el tiempo.

Lily tenía razón al recomendar que se presentaran antes del amanecer.

Regresó al corral y se sentó en su carruaje para no entorpecer. El cochero había desaparecido. Intentó meditar, pero no era igual de efectivo cuando estaba nervioso. Así que siguió trabajando en

sus caminos. Con cautela, con mucho cuidado, alineaba las hebras en la zona que había elegido para construir el patrón del hechizo.

Aún no estaba casi correcto, pero quiso intentar lanzar el hechizo a través del patrón de todas formas. Solo para ver qué tipo de efecto podría surgir. Ahora había tanta magia alrededor, desde que estaba en el continente. Kalen podía usar tanta magia como quisiera.

Por supuesto, le había pasado por la cabeza que lo que pudiera suceder podría ser desastroso. O, al menos, evidente. En su experiencia, forzar la magia a través de patrones que no estaban del todo bien generalmente no producía nada. Especialmente si no usabas mucha energía. Pero ahora se sentía menos insensato que antes.

Quizá si se alejaba del Enclave, podría intentarlo.

Eso, en realidad, suena bien.

El asiento del carruaje no era especialmente cómodo. El establo olía un poco. Kalen no quería tocar puertas ni pedir que le abrieran para entrar en bibliotecas llenas de libros con el nombre Orellen en la portada.

Podría caminar por el camino hasta que el Enclave estuviera lejos y hacer algo de magia en un campo apacible, con vacas que no se importarían en absoluto. No era como si pudiera perderse. Solo había un camino desde aquí hasta Granslip Port. Mientras no se alejara de su vista, el carruaje podría recogerlo en su camino de regreso.

Con la mente resuelta, volvió a guardar su libro en la bolsa y fue a preguntar a alguien si podía decirle a Yarda que pensaba encontrarse con ella en el camino, en lugar de esperar.

No le sorprendió comprobar que la multitud de personas fuera la misma desde hacía horas, pero sí le asombró ver que un grupo totalmente nuevo esperaba junto a una mesa instalada en otro extremo del largo edificio, al fin de un pasillo.

Kalen intentó y fracasó en llamar la atención de la muchacha que interrogaba a los enfermos, y aunque el muchacho oficialista claramente lo vio hacer señales, se dio la vuelta y lo ignoró por completo.

Están bastante ocupados, admitió para sí con un atisbo de vergüenza. Demasiado ocupados para enviar un simple mensaje.

Esperando encontrar alguien menos atareado con su trabajo, se dirigió hacia el nuevo grupo junto a la mesa. Era mucho más pequeño, apenas una docena de niños, desde unos pocos años menores hasta algunos mayores que Kalen.

Parecían aburridos, y no había ningún indicio de lo que hacían allí, aparte de la mesa vacía.

Kalen se acercó a un muchacho alto, pecoso, que estaba bromeando con una niña igualmente pecosa, de unos ocho años, de manera que le confirmaba que eran hermanos. "Perdón," dijo.

“¿Sabes si hay alguien por aquí que pueda llevar un mensaje a un paciente dentro del edificio?”

El niño detuvo el acto de tirar del cabello de su hermana, y ambos miraron a Kalen.

“Hablas raro,” le dijo la niña.

“No soy de Circon. Solo estoy de visita.”

“Nadie del hospital ha salido todavía,” dijo el niño, tirando del cabello de su hermana después, haciendo que ella chillara y le diera un golpe en la mano. “Hace más de una hora.”

—Muy bien. Gracias de todas formas.

Kalen se volvió para irse.

—Deberías quedarte —dijo la chica—. Y conseguir el dinero.

—¿Dinero? —preguntó Kalen, mirando hacia atrás con interés. El dinero era mucho más importante para él ahora que había visto los precios de los libros.

—Es sencillo —dijo el muchacho—. Ellos sacan una placa de vidrio con muchas marcas mágicas. Tú pones la mano en un extremo y uno de los Acresses pone su mano en el otro; después, se siente calentito por un minuto y ya está.

—No es una placa de vidrio —dijo una chica mayor.

—¡Sí lo es! Lo hice el mes pasado.

—Estoy seguro de que no es una placa de vidrio —dijo la chica, alisando su pesada falda—. Probablemente esté hecha de algún cristal encantado. Debería saberlo. Estoy aquí para hacer la prueba porque es requisito para la Entrada de invierno. No por dinero.

—Entonces quieres ser una Acress tú misma. Qué sofisticado, —dijo el muchacho con sarcasmo—. Pero en realidad vi la placa, y era de vidrio.

Él volvió su atención a Kalen. —Solo se puede hacer una vez. Pero te dan medio de plata y uno de estos.

Se levantó la muñeca, y Kalen vio una estrecha banda de cuero alrededor de ella. El nombre Gurad Lom estaba estampado en ella.

—¿Pones la mano en una placa con un practicante y te dan dinero y una pulsera? —preguntó, atónito—. ¿Por qué?

—La Acress realiza un hechizo sobre ti a través de la placa —dijo Gurad con confianza—. Y puede distinguir si tu mamá es tu mamá y tu papá es tu papá. Luego lo anotan todo, con tu dirección, y te dan la pulsera para que no puedas conseguir más dinero por hacerlo otra vez.

—Tu papá podría ser cualquiera bajo el sol y aún así te darían la pulsera —dijo la chica que quería unirse al Enclave, con tono superior—. Siempre y cuando no sea Iven Orellen.

El aire mismo se convirtió en hielo en el pecho de Kalen.

Era bueno que ya hubiera tenido una sorpresa relacionada con Orellen ese día, o quizás no habría podido reaccionar bien en absoluto. En lo que a él respecta, estaba seguro de que estaba pálido y con los ojos muy abiertos. Pero, al menos, logró hablar.

—Eso es interesante —dijo lentamente—. Realmente necesito encontrar a alguien que me ayude a enviar un mensaje a mi amigo, en el hospital. Así que quizás regrese por el dinero más tarde.

Gurad asintió. —Asegúrate de hacerlo. Es fácil. Por eso traje a mi hermana. Lo único malo es que la pulsera no se puede quitar, así que no puedes hacerlo otra vez.

—Eso es porque no necesitan adivinarte dos veces —murmuró la chica—. No es como si tus padres fueran a cambiar.

—Seguramente volveré —dijo Kalen—. Quizás los vea más tarde. Si todavía están esperando.

Con las manos apretadas alrededor de la correa de su bolso, se obligó a caminar alejándose en lugar de correr como quería desesperadamente. Se abrió paso entre la multitud de los enfermos y fue directo hacia la chica que trabajaba como Acres para el hospital. Interponiéndose groseramente entre ella y una mujer con tos, dijo: —Dile a Yarda Strongback que su primo decidió volver caminando a la ciudad. La encontraré en el camino. O en la posada.

Luego, antes de que la chica pudiera negarse o reprenderlo, giró y se largó.

Se alejó del hospital y atravesó las calles bien adoquinadas, adornadas con todos los curiosos pequeños encantamientos si uno sabía dónde buscar. Pasó junto a practicantes con túnicas y casas que estaba seguro estaban llenas de libros de magia útil.

Continuó caminando. Y, a pesar de lo que le había dicho a los otros niños, nunca regresaría.